

EL BALEAR

DIARIO POLITICO.

Redaccion y Administracion: San Pedro Nolasco 7, entresuelo.—Precio mensual: 1'25 pesetas en toda España.

Año I.

Palma Viernes 29 de Setiembre de 1882.

Núm. 218

VAPORES CORREOS.

Salidas.—Domingo 8 m. Ibiza y Alicante.—Lunes 4 t. Mahon.—Martes 4 t. Barcelona.—Miércoles 2'45 t. Mahon por Alcudia.—Jueves 4 t. Valencia.—Sábado 2 t. Barcelona por Alcudia.
Entradas.—Lunes 7 m. Valencia.—8 m. Mahon por Alcudia.—Miércoles 3 t. Ibiza y Alicante.—Jueves 7 m. Mahon, 10 1/2 Barcelona por Alcudia.—Sábado 7 mañana Barcelona.

FERRO CARRILES.

Servicio de trenes.—De Palma á Manacor 3'15 (m.) 8'10 m. y 2'45 t.—De Palma á la Puebla 3'15 (m.), 8'10 m. 2'45 y 4'15 (m.), t.—De Manacor á Palma y La Puebla 3'15 (m.), 8 m. y 5'5 t.—De La Puebla á Palma 4 (m.), 8'25 m. y 5'30 t.—De La Puebla á Manacor 4 (m.), 8 25 m. y 3'15 t.—Tren periódico los dias de mercado en Inca.—De Inca á Palma 2 t.

LOCAL.

Es cierto, como dice *El Demócrata*, que pusimos el grito en el cielo contra el acuerdo del Ayuntamiento sobre la subvencion de las diez mil pesetas á los industriales morosos; pero se olvida el colega de añadir que combatimos la resolucion con datos y razonamientos que no supo contestar, limitándose á decir que lo haría cuando estuviese calmada la intemperancia de que dijo estábamos poseídos. Olvida asimismo que la prensa toda de esta ciudad, excepto el colega y *El Constitucional*, siguió su opinion contraria á lo resuelto por el Cuerpo Municipal; y afecta olvidar por fin, que los argumentos sustentados habrán hecho mella en el ánimo de los ocho concejales que votaron la subvencion, cuando todo se ha convertido en agua de borrajas y en meras declamaciones, sin resultado alguno.

Tomóse el acuerdo, con la avanzada de un artículo de *El Demócrata*, pretendiendo demostrar la próspera situacion económica del Ayuntamiento. Se dijo que á las pocas horas se habían ultimado los trabajos para el repartimiento; y han transcurrido catorce dias sin adelantar un paso, para urdirse luego el recurso de alzada suscrito por el concejal Sr. Estade.

La síntesis de todo lo ocurrido es que se quiso vender un obsequio á los industriales por el medio cómodo de disponer de los fondos municipales: se comprendió, ante la manifestacion y el concepto generalmente formado sobre el asunto, que era indefectible el reintegro de peculio propio de la cantidad votada, y apesar de la alharaca de *El Constitucional*, ofreciéndose de buen grado á verificarlo, ni se ha ordenado el pago de la suma, ni se ha repartido á los industriales, ni se ha dado un paso más en ejecucion de lo resuelto.

Y no se acoja el colega á la consideracion de que el recurso de alzada impide realizar el reparto, porque precisamente sostuvo en un reciente artículo, que los acuerdos del Ayuntamiento son inmediatamente ejecutivos, sin perjuicio de los recursos establecidos por la ley.

El acuerdo, por lo mismo, no se ha ejecutado porque no ha querido ejecutarse. No se ha llevado á efecto porque se ha visto un peligro; y el ponderado deseo de terminar el conflicto y de dispensar un obsequio á los industriales no era tan ponderado que alcanzase á asumir una responsabilidad de doscientos cincuenta duros, ni de un céntimo siquiera; y finalmente porque se ha visto clara y patente la ilegalidad cometida.

Los industriales á quienes quiso ahargarse, han comprendido la realidad de las cosas y el agradecimiento que merecen ciertos actos y ciertos hombres. Espléndidos hasta el extremo cuando se dispone de recursos ajenos, no se hallan dispuestos á hacer sacrificios personales ó pecuniarios de ningún género, y su pretendido patriotismo resulta vana palabrería y declamacion pura.

El Demócrata sin embargo, pretende que se ha resuelto el conflicto; y le consta á ciencia cierta, que nada se ha hecho y que no hay disposicion de dar un paso. Pondera la importancia de esta célebre resolucion y sostiene al mismo tiempo que nada hicieron los hombres de EL BALEAR cuando es un hecho que consiguieron á favor de los contribuyentes el beneficio positivo de la condonacion de apremios: en beneficio del Estado y del mismo Municipio el pago de unas cuarenta mil pesetas; y en utilidad general que el conflicto dejara de serlo desde el momento que pagaron sus cuotas los individuos del Sindicato, y se hicieron efec-

tivas la mayoría de las demas que no son partidas fallidas.

Sólo por la premura con que suelen escribirse los trabajos destinados á los periódicos, puede explicarse satisfactoriamente, la manera como nuestro colega *El Comercio* interpreta el suelto que anteayer dedicamos á comentar las intenciones que creimos, y creemos descubrir en el que dedicó el dia anterior á dar cuenta del recurso de alzada interpuesto por el concejal D. José Estade.

Lea *El Comercio* el citado escrito y ya que no descubra el contrasentido ni las contradicciones que ha creído notar, verá seguramente que el pensamiento que procuramos sintetizar no era el de *El Comercio*, sino el de los ocho votantes del combatido acuerdo.

De la habilidad y talento que son notorios en los hombres de *El Comercio*, esperamos fundadamente, que reconocerán la exactitud indiscutible de lo que acabamos de decir, á no ser que la arraigada costumbre de considerarse como iniciadores importantes de la campaña, una de cuyas consecuencias fué el acuerdo famoso, hayan hecho arraigar en su conciencia el convencimiento de que es preciso referirse á ellos cuando de tales asuntos se trata.

Conste, pues, lo manifestado, y que aunque lo sentimos no ha podido sorprendernos que no le haya gustado á nuestro colega nuestro escrito, pues era natural y lógico que así sucediera.

Otra vez procuraremos tratar asuntos que le sean más agradables esmerándonos en la forma y escogiendo bien el fondo.

Encavándose en *La Opinion*, se atreve *El Constitucional* á deslizar hipócritamente en el laberinto de sus acostumbrados follages, la afirmacion de que hemos rectificado lo que sobre la autorizacion para desmentirle hemos repetido y confirmado.

Si el original y despreocupado colega no confunde lastimosamente *ratificar* con *rectificar* falta á la verdad con una frescura que no le envidiamos.

Lo que acabamos de decir hace inútil el manifestar que no hemos podido ser avisados por nada ni por nadie.

Vamos chitiquitín gitanillo un poco de rubor.

Dice *El Demócrata*, con referencia al recurso de alzada interpuesto por el concejal Sr. Estade:

«..... ahora resulta que los hombres de EL BALEAR han de informar en primer término este recurso y aconsejar la derogacion de aquel acuerdo.
¡Pobres hombres!»
¿Cuáles?»

Dice *El Comercio* de ayer:
«El mismo periódico nos participa que el Sr. Estades es federal.

Nosotros no lo discutiremos, pero tenga presente el colega que hemos demostrado en todas ocasiones que el militar en nuestras filas no exime á ningún correccionario nuestro de las censuras que creemos que merezca. ¡ni hace más ruidosos nuestros aplausos por actos realizados por nuestros amigos políticos cuando á nuestro juicio son laudables. Por otra parte, nuestros adversarios han hallado siempre justicia en nuestras apreciaciones.»

Al afirmar que el Sr. Estade es federal, no nos permitimos decir que fuese de los que merecen sus censuras ni de los que son dignos de sus aplausos.

Sólo al colega corresponde clasificarle. Aunque para nosotros es inútil.

Aunque por cariño y por simpatías irresistibles que padecemos hacia *El Constitucional* estamos siempre dispuestos á complacerle, no nos es posible copiar íntegras las aserciones del colega.

No tenemos la mision de martirizar á nuestros lectores, y es caso de conciencia esponernos á ocasionar abortos y otras lamentables desgracias.

Copiamos de *El Diario de Palma*:

«Muchos son los efectos que por medio de los vapores se llevan desde esta isla á Barcelona. Ya no son solamente los cerdos; tambien se exportan toda clase de pescado, aves y conejos, y ademas huevos y caracoles, y de toda clase de frutas incluso los higos chumbos.»

Lástima que en la hoja de sobordo no figuren los puros.

Que despues de todo, son género de embarque.

Segun las noticias que hemos recibido directamente de Trieste, S. M. el Emperador de Austria llegó el dia 17 del actual á las 7 á la mañana en el Yacht *Miramar* al fondeadero del Castillo ó Palacio del mismo nombre, morada que fué del archiduque Maximiliano, en las carcañas de dicho puerto. Seguían al Yacht imperial el llamado *Phantasie*, y dos vapores del Lloyd austriaca, que le habían salido al encuentro. Allí esperaban al Emperador, S. M. la Emperatriz y el Principe heredero llegados el dia anterior; el Archiduque Luis Salvador, tan conocido y apreciado en Mallorca; y el joven Archiduque Carlos Estéban, hermano de S. M. la Reina de España. Oída la misa, que celebró en la capilla del palacio el Obispo de la Diócesis, se trasladaron los Emperadores y los referidos principes, en tren especial, á Trieste, donde el Ayuntamiento y todas las autoridades recibieron á SS. MM. con entusiastas demostraciones de afecto, pronunciando el Alcalde en nombre de la ciudad un elocuente y expresivo discurso que vino á confirmar la satisfaccion que experimentaban sus habitantes, y su profunda y cariñosa adhesion á tan dignos, ilustrados y bondadosos monarcas. Terminada la recepcion se dirigieron sus majestades el Principe Rodolfo y los Archiduces al palacio de la Exposicion donde, á su llegada, y ante un concurso numerosísimo el presidente Reinelt les dirigió la palabra, aludiendo á la solemnidad que se estaba celebrando y á la mayor importancia que venía á darle la presencia de las angustias personas, en términos que fueron muy del agrado de éstas y del inmenso número de los concurrentes. Pasaron despues SS. MM. á visitar los departamentos 1.º y 2.º quedando muy complacidos de la abundancia, variedad y mérito de los productos expuestos, cabiéndoles empero el disgusto de no poder hacer igual visita al departamento 3.º que es el que contenia los objetos más preciosos y las ricas instalaciones de los museos Austriaco y Oriental, por haberlo estropeado completamente un furioso verdabal, dos dias antes de la llegada del Emperador, quien, algo reparados los desperfectos, pudo aún visitar esa parte importante de la Exposicion antes de despedirse de Trieste. El segundo dia de su permanencia en Miramar, visitaron sus majestades los grandes establecimientos del Lloyd y presenciaron la entrada en el dique de la fragata *Medusa*, y el tercer dia á las 7 1/2 de la noche, emprendieron su regreso á Viena, desde la estacion adyacente á dicho palacio, donde se encontraban los dos expresados Archiduces, con el principe imperial cuya marcha no se efectuó hasta la mañana siguiente.

La comision inspectora del censo de

Ibiza ha terminado sus trabajos, habiéndolos remitido el miércoles último al señor Gobernador de la provincia. El número de electores que figura en aquella lista ascienden á 3,938.

Despues de haber permanecido dos dias detenido en este puerto el vapor-correo *Jaime II*, ayer tarde á la hora de itinerario zarpó para Barcelona.

A las cinco de la tarde de ayer salió de nuestro puerto para Valencia el vapor-correo *Lulio*.

Segun dicen los periódicos de Barcelona se ha colocado con gran solemnidad la primera piedra de dos monumentos que aquella Municipalidad trata de erigir á Cristobal Colon y al general Prim.

Igualceremonia se ha verificado en la Barceloneta y en el barrio de San Antonio para inaugurar los trabajos de construccion de dos magnificos mercados de hierro.

En Palma nunea podremos ser testigos de tales acontecimientos, por la sencilla razon de que nos sobran monumentos; y tenemos un mercado que puede competir en elegancia y limpieza con todos los del globo.

Tomamos de la *Crónica de Cataluña* que recibimos ayer.

»Hace pocos dias se llevó á cabo en esta ciudad, la captura de un sugeto que habia cometido en Londres una estafa de bastante importancia.

El citado sugeto se llama Lorenzo Camé, natural de Artá (Palma de Mallorca), y usaba el nombre y documentacion de José Vador Pastrana. Sin embargo, al cometer la estafa en Londres empleó el nombre de Francisco Barrios.

Habia falsificado una carta-orden del acaudalado comerciante de Jerez de la Frontera don Pedro Donceque, contra una casa-banca de Londres, por valor de 2300 libras esterlinas, las cuales hizo efectivas sin dificultad, saliendo inmediatamente para España, llegando á Madrid á fin de junio y viviendo en una casa de la calle de Lavapiés.

Por entonces se habia ya descubierto la estafa, y el jefe de orden público de Jerez señor Monforte, acompañado del industrial de la misma ciudad, señor Oliver, fueron á Madrid para perseguirlo, facilitando estos señores al gobernador civil datos y antecedentes del citado sugeto, el cual, apercibido de la vigilancia de que era objeto, salió para Valencia, desde donde se trasladó pocos dias despues á Barcelona.

Perseguido constantemente por los señores Monforte y Oliver, lo hallaron una mañana en los Encantes, y siguiéndolo hasta la Rambla, lo hicieron prender por una pareja de orden público.»

Telegramas Particulares.

Madrid 28 á las 5 t.
(Recibido el 29 á las 12'28 m.)
La Reina Isabel y las Infantas siguen en el Escorial.

La peregrinacion española ha salido de Génova para Roma.

Insurreccion en Arabia contra los turcos.

Agitacion en Túnez.

Los cristianos han sido maltratados en el alto Egipto.

Interior 29'00.

EL BALEAR.

HOJA LITERARIA Y ARTISTICA.

CANCION Y ESTRIBILLO.

—Allá lejos, muy lejos, por detrás de los tablares rojizos que forman los tejados, los álamos y los castaños elevan las copas, que ya comienzan á engalanarse de verdura; aquí por los canales de ladrillo que van de acacia en acacia, trazando dos líneas paralelas sobre el paseo polvoriento que se dilata entre los adoquines y las losas de la acera, cenagosa y súcia, corre el agua de las mangas de riego, mientras al pié de las fachadas, monótonas por su simetría, avanzan las cortinas rayadas de las tiendas, proyectando una sombra débil sobre los escaparates entornados. Pero yo quiero ver cómo el agua cristalina corre, retorciéndose espumosa, sobre un lecho de guijas relucientes ó de rocas cubiertas de un líquen aterciopelado y de algas flotantes como madejas de finísima seda; quiero contemplar la suavidad de las sombras, no sobre los cristales que muestran, detrás acinados, los prosaicos productos de la industria, sino sobre el césped menudo que tapiza el suelo de la floresta solitaria en que el haya nudosa se enlaza al roble robusto, y al tejo enano la encina corpulenta; quiero vagar por los campos silenciosos á donde no llegue el rumor de los coches ni el vocear de los vendedores ambulantes, sino el blando gemido de la brisa que extremece las selvas, y á donde en vez de esas llamas que, en fanales alineados como centinelas de la noche, surgen sobre las sombras de la ciudad al extinguirse el crepúsculo, al azar y sin orden, entre las grietas de los cercados y la hojarasca de los setos brillen los gusanillos de luz como pedacitos caídos de una estrella.

¶ Cuando Feliciano, apoyado de codos sobre la barandilla del balcon del segundo piso que habita en una calle apartada y elegante, acabó de decir todo esto, de su mano izquierda, blanca y aristocrática, se desprendió la punta de un aromático veguero, que al rebotar en la acera hizo surgir de la dispersa ceniza un rojizo fulgor de meteoro, que se extinguió rápidamente.

Feliciano había nacido en una aldea apartada, de una familia de labradores muy pobres, pero tenía un tío beneficiado en la catedral de la diócesis, que le llevó consigo para niño de coro, proyectando dedicarle después á la carrera eclesiástica; pero el beneficiado un día se partió al cielo dejando á Feliciano sobre la tierra sin haber alcanzado la primera tonsura.

En cuanto á su vocación, nada tenía de religiosa. Aquel torrente de armonías que el viejo órgano derramaba por las doradas baterías de sus cañones extendidos hácia la inmensa bóveda, mientras subía el incienso en espirales azuladas; aquel fantástico fulgor de haces de rayos, que á la hora en que el sol subía por detrás del roseton inmenso del trascoro, se vertían á través de las sombras de la nave, en anchas fajas de luz, que al quebrarse oblicuas en los bordes acanalados de las cornisas en los estradados agrupamientos de las columnas y en las losas rectangulares del pavimento, se descomponían en manchas deslumbrantes de formas inverosímiles, parecidas á pétalos arrancados de flores gigantes, teñidas con los colores de iris; aquel silencio reposado que sucede á las horas canónicas cuando los elevados sillares se envuelven en tinieblas vespertinas, que interrumpe á trechos el trémulo irradiar de una lámpara, iluminando á medias la cadavérica faz de un Cristo ó las rosadas mejillas de una virgen... Todo aquello impresionábale profundamente y hacia palpar su corazón joven y apasionado. Pero tan lejos estaban sus éxtasis del misticismo, que los acordes del coro resonaban en sus oídos con compases de música profana, las ondulaciones del incienso se retorcian á sus ojos con voluptuosas imágenes de hadas y mujeres ideales, nacidas de girones de niebla en noches de estío á los redejos de la luna sobre la superficie tranquila de los lagos, y las irisadas manchas de luz abrasaban

dole las pupilas, se le entraban hasta el corazón, para perturbarle y henchirle de mundanos anhelos, por cuanto tienen de des'umbrante y hermoso el lujo y la ostentación, las joyas preciosas y los ricos brocados. Además, presidiendo aquel caos vertiginoso que se apoderaba de todos sus sentidos, los tubos del órgano imitaban, con sus mas dulces notas, la voz de la mujer amada, y á veces, ante las sombras de la nave, se abrían para él sobre el espacio las miradas amorosas de dos hermosísimos ojos negros.

El primer amor de un adolescente es como la niebla que en la aurora se eleva sobre las cimas de las montañas; cuando el sol sube en el horizonte y el hombre en la escala de la vida, todas estas ráfagas vaporosas se desvanecen. Feliciano se olvidó de la jovencita de ojos negros que vivía en su aldea poco después de su residencia en Roma, á donde había ido á completar sus estudios musicales. Todos aquellos delirios habían acabado por revelar su naturaleza ardiente de artista, y con entusiasmo y fervor dedicó desde entonces toda la energía de su voluntad á la persecución de aquel nuevo propósito.

Después de luchar con tesón durante muchos años, llegó á pisar los umbrales de la gloria, sin haber salido todavía de la antecámara de la miseria. La fortuna vino después, cuando entre su negra y abundosa cabellera habían comenzado á anidar las canas precursoras de la vejez y á apoderarse de su corazón la nieve de los desengaños.

El pueblecillo está asentado en la cuenca que forman dos altísimas sierras; como las faldas de ambos montes están cubiertas de un menudo césped, la aldehuela parece un juguete de esmalte guardado en estuche de terciopelo. Un río divide el valle de través á la manera de banda plateada en antiguo escudo nobiliario. A un lado de la banda plateada, presa en orla de fresnos y mimbreras, sobre suave colina, una iglesia de piedra rojiza, con tejado mas rojo todavía; encima una espadaña con dos arcos, destacando sobre el azul oscuro del cielo dos campanas desiguales; en torno del rústico templo hasta tres docenas de casas; al otro lado del río, sobre un altíll, unas ruinas almenadas, de color oxidado, verdosos á trechos por el musgo y las plantas parietarias; por el valle, desparramadas y tendidas, como retazos de tela diferente, huertas y praderías; y á la sombra de los chopos, que en fila, parece como que salen del pueblo á formarse escalonados un cobertizo que bien muestra ser molino en lo espolvoreado de harina, y por lo de entrar en el manso, y salir alborotado y espumoso, un ramal del inmediato río.

Veinte años haría que Feliciano faltaba de su pueblo. Cuando levantó la vista para contemplar el campanario humilde de aquella iglesia en que había sido bautizado, unos cipreses que detrás se destacaban, le hicieron acordar de sus padres fallecidos y de aquella hermosa niña á quien había amado con amor tan ideal y puro como jamás le volviera á inspirar mujer alguna. Su corazón, gastado por una vida de artista, á la par azarosa y alegre, palpito conmovido al recuerdo de aquel sentimiento poético y vagaroso que había, sin duda alguna, ayudado á despertar en él su vocación y su genio, en medio de la austeridad sombría de la catedral, en sus años de adolescente.

Desde aquel instante la imagen de aquella mujer, embellecida por la distancia y purificada por la muerte, no se apartó de su memoria; y en la vida contemplativa y ociosa que allí llevaba, extremó tanto los éxtasis, que á poco de su residencia en el pueblo, tuvieron por loco rematado sus parientes y convecinos.

Una tarde, recostado sobre un vallado desde el que recordaba haberla visto escondido muchas veces, notó que, á cierta hora, la sombra de unos sauces se prolongaba hasta simular la sombra de una mujer de talle esbelto como el de su amada. Todas las tardes volvió á sentarse en

aquel sitio, con los ojos en aquel paraje, hasta que el sol hundiese tras de los montes invadiendo los prados las sombras de las altas colinas.

Su imaginación de músico ayudaba no poco a estos extravíos. Los días de fiesta las campanas de la espadaña repicaban alegres, como en aquellos días en que mudado de camisa subía á la iglesia palpitante de emoción á la esperanza de verla. Otras veces pasaba horas enteras absorto, repitiendo palabras que recordaba haberla oído, y á las que se afanaba en dar la misma entonación y acento; y cuando por las noches despertaba y oía interrumpido el silencio del valle por el carrero acompasado de las ranas, la canturía monótona de los grillos y el continuado murmullo de las precipitadas ondas del río, sentía oprimirse el corazón y asomarse á las lágrimas, á los ojos, sin que, hasta el venir de la aurora pudiese ya, emocionado é intranquilo, volver á conciliar el sueño.

Llevó su desvario hasta alhajar en su casa un elegante gabinete destinado á ella; allí custodiaba religiosamente algunos objetos que la habían pertenecido y que le vendieron á buen precio unos parientes; y extremó por último su locura hasta mandar que pusieran en la mesa un cubierto enfrente del suyo, y un sillón que mentalmente consideraba ocupado.

—La felicidad existe tan solo en esa delicada impresionabilidad de un alma joven virgen aún de abrasadas pasiones y de violentos afectos; en la vida sucede como en una orquesta: las notas que hacen menos ruido suelen ser las mas dulces y armoniosas; un violín hace sentir mas que un oboe; y un amor tímido de adolescente que le ruboriza de una mirada y considera profanación un beso, nos hace mucho mas dichosos que una completa posesión en medio de una embriaguez á la que el hastío sigue siempre, como siguen al *andante agitado* los compases de *pauza*. La vida es una sinfonía mas ó menos concertada, en que el primer amor es el motivo importante que sin cesar se repite; cuando la sinfonía concluye, el *adagio* vuelve; cuando el corazón ha agotado ya todo su sentimiento, el recuerdo de lo pasado nos extremece; la vida del sentimiento es para nosotros como un eco repetido; pero, como eco, es un sonido que no existe, es una resonancia del pasado, una ilusión del presente, una quimera desprovista de verdad, un sueño hermoso que se desvanece y nos deja al despertar un amargo vacío. En la primera parte de la vida, nuestro corazón es como la cuerda del violín que vibra y salta y produce el sonido armonioso que arrebató á inspirar; en la segunda, el corazón está vacío como la caja del violoncello, y no hace mas que repetir sordamente las notas que le envían las cuerdas. Y siendo así, todo el afán de esta segunda edad de la vida debe cifrarse en conservar incolume y entera esta caja que repite, con toda su pureza, ideales sensaciones pasadas que nos traen en oleadas de recuerdos, algo de la frescura y del perfume de la juventud que tanta prisa nos damos á derrochar.

La noche que siguió á la tarde en que Feliciano asomado á una ventana, circuida de espesa parra, pronunció las palabras que arriba hemos copiado, faltando sin saberlo á su propósito, se entretuvo en registrar un escritorio antiguo de márfil y palo santo que le había vendido aquella mañana una tía de su novia.

Caido detrás de uno de los cajones, halló un papel amarillento que desdobló con cuidado. El corazón le latió al reconocer la letra de la mujer de sus sueños. Aquella carta ella la había escrito á una prima desde la ciudad á donde había estado algunos días de feria. La epístola, aparte de sus muchas faltas ortográficas, nada de particular ofrecía; pero cuando la hubo leído Feliciano, palideció horriblemente. Después de la firma continuaba esta posdata.

«Se me olvidaba decirte que anoche estuve en el baile del Liceo, y que Feliciano me hizo el amor; ya sabes lo feo

y desgarbado que es, y lo poquísimo que me agrada, pero le dije que sí, porque al cabo, si se casara conmigo, me sacaría de ese maldito poblacho en que me pudro y requemo.»

Feliciano tenía razón; para ser feliz es necesario ante todo esa virginidad del sentimiento que sólo existe en la ignorancia completa; una vez perdida, el alma tiene que acudir al recuerdo, á la manera que la canción vuelve al estribillo; pero es necesario que la curiosidad no se empeñe en analizar y en discutir rompiendo la caja que ha de reproducir el sonido, ó destruyendo el corazón al golpe rudo de la verdad desentrañada y desnuda.

R. BLANCO ASENJO.

HISTORIA DE UN DIAMANTE.

I.

El mes de Agosto iba á espirar, y en una salita, cuyas veotanas daban á un hermoso jardín, se hallaban reunidos, y al parecer discutiendo un asunto de alguna importancia, un joven que contaría apenas veinticinco años, una muchacha de veinte y un anciano, padre de ésta, que ya había cumplido los cincuenta. La escena tenía lugar en Ingauville, cerca del Havre.

—¿Para qué necesitamos las riquezas? decía Teodoro, así se llamaba el joven: ¿pueden acaso alimentar nuestra felicidad? Ana y yo viviríamos muy dichosos en una choza, y el pan, fruto de mi trabajo, sería para los dos una dulce ambrosía.

Ana respondió con una mirada llena de ternura, mirada que pareció muy elocuente á Teodoro, porque repetía ostensiblemente lo que el corazón de la joven le había dicho en secreto muchas veces.

El tercer interlocutor, que era un hombre de fisonomía bondadosa, se volvió para ocultar una sonrisa.

—Hijos míos; podría decirnos muchas cosas que sólo os servirían para repetir las inútilmente á vuestros hijos dentro de veinte años; hasta entonces ni creéis en ellas ni las comprenderíais siquiera; pero como amo á mi hija más que á mi vida, y estimo al que aspira á ser su esposo, lo bastante para confiarle el cuidado de su felicidad, no consentiré en vuestra unión hasta que Teodoro regrese del viaje que debe emprender por orden de su principal.

A propósito de este viaje, motivado únicamente por razones de comercio, Teodoro habló muy mal de las riquezas, pero el padre de Ana fué inflexible, y los dos enamorados tuvieron que resignarse y ceder á lo que juzgaban un mero capricho del viejo.

—Adiós, Teodoro mio, concluyó Ana; sea cesar pediré al cielo, no que vuelvas rico, sino constante.

Teodoro aseguró á Ana con una amorosa mirada, que su deseo se veía cumplido, y á los pocos días se embarcó.

II.

Durante su larga navegación, el joven tuvo tiempo de pensar en los sitios que iba á visitar y que eran completamente nuevos para él.

Los esplendores del Oriente, evocados por su imaginación, le ofrecían maravillosos cuadros y le hacían formar, poco á poco, una idea extraordinaria del lujo oriental.

Al fin llegó á Constantinopla y su desecanto fué terrible.

Desesperado al ver la distancia que hay de lo vivo á lo pintado, resolvió limitarse á pensar en su amada, y como el negociante á quien acompañaba debía darle participación en sus ganancias, comenzó á calcular acerca de lo que podía prometerse, y decía al final de cada esperanza:

—El padre de Ana quedará satisfecho; estoy seguro que no pondrá ningún obstáculo á nuestra unión.

Una noche, retirado en su humilde habitación, con los codos apoyados sobre una mesa y la cabeza reclinada sobre sus manos, se ocupaba en arreglar los gastos de su futura casa, discutía la grave cues-

